

Aspiremos, pues, M. H., á tanta dicha santificando dignamente las solemnidades de la Iglesia; y sea la Virgen Santísima María nuestra guía y nuestro modelo en la observancia de este divino precepto; corramos en pos del olor de sus unguentos que son su piedad, su devoción y su exactitud en el cumplimiento de este deber, hasta que, auxiliados de su patrocinio, celebremos en su compañía la fiesta solemne de los ángeles y santos en el cielo por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON PARA EL DIA DIEZ Y SEIS.

La devoción á la Santísima Virgen María tiene por fundamento la autoridad de Dios.

Post te curremus in odorem unguentorum tuorum,

En pos de tí correremos al olor de tus unguentos.

CANT. I.—5.

Hay en el corazón del verdadero creyente, A. H. M., un sentimiento nobilísimo y santo que lo enaltece sobremanera, y que atrae sobre aquel que lo acaricia santamente inefables consolaciones de gracia y de paz celestial. Ese sentimiento es como flor de rico perfume que brota de la caridad divina, y es tan elevado y digno que lo animan el temor santo de Dios, y la observancia de su divina ley. Ese sentimiento religioso es lo que llamamos devoción, ó sea aquella prontitud de ánimo con que el cristiano, ilustrado por la fe católica, vivificado por la esperanza del cielo, y animado por la caridad de Jesucristo, se dirige con suavidad con constancia y alegría á Dios, y practica todas las virtudes con humildad, y obedeciendo á este Señor en todo.

La Santísima Virgen María, «Madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza,» á quien venimos contemplando en este mes consagrado á su culto, como modelo perfectísimo del verdadero cristiano, nos enseña también la devoción, nos inculca particularmente, como

una madre cariñosa y solícita á sus pequeños y queridos hijos, esa prontitud de ánimo de hacer la voluntad de Dios por puro amor; prontitud harto recomendable y apetecible, y tan suave y dulce en sí misma, y en sus manifestaciones, como que siempre va acompañada de la infusión del Espíritu Santo, que dá al alma una tierna unción que la hace grata, fácil y deleitable. María es la maestra y el modelo de la devoción cristiana; si así no fuese no se la invocaría con la Iglesia católica, con esta plegaria tan lacónica como elocuente: «Santa María, vaso de devoción insigne, ruega por nosotros:» *Vas insigne devotionis, ora pro nobis*; y son tantas las efusiones de amor, de piedad, de santa ternura que nos comunica esta Madre santísima con la devoción que nos enseña, que no podemos menos de exclamar con la Esposa de los Cantares, representación del alma enamorada de Jesucristo: «En pos de tí correremos al olor de tus unguentos de tus virtudes celestiales:» *post te curremus in odorem unguentorum tuorum*.

No creais, A. H., que la devoción que María nos enseña se limita á orar, y meditar la ley santa del Señor, á asistir á los oficios que en el templo se celebran, frecuentar los sacramentos, amar el retiro, practicar austeridades, renunciar á los espectáculos peligrosos del mundo, y otras obras de este género. ¡Ah! la sólida piedad, la devoción cristiana se estiende al cumplimiento de todos los deberes, y á la práctica de todas las virtudes. ¡Con cuánta injusticia la deprimen sus detractores, tratando de superstición todas las prácticas de piedad y devoción! Si superticiosa fuera la devoción, la Santísima Virgen María, que aprendió de Jesús su divino Hijo «á hacer siempre lo que agrada al Padre celestial, y á no hacer su voluntad, si no la voluntad del Padre que está en los cielos,» jamás hubiera sido devota: ¿Pero cómo no habría de serlo cuando los fundamentos de la devoción son la obediencia y la humildad, y en nadie, después de Jesucristo

resplandecieron como en María esas grandiosas virtudes? María nuestra Madre es pues el modelo perfectísimo de ese sentimiento piadoso; ¡ojalá lo imitemos cual cumple á nuestra cualidad de fieles hijos de esta excelsa Señora!

Pues bien, A. H. M.: en la necesidad en que nos hallamos de ser devotos sin hipocresía, porque la devoción, «la verdadera piedad vale para todo según nos dice S. Pablo, porque tiene promesa de la vida que ahora es, y que ha de ser» y no pudiendo contemplar en toda su extensión esta virtud que procede del cielo, y al cielo nos conduce, justifiquemos debidamente la devoción que consagramos á nuestra Madre Santísima, la Reina de los cielos. En otros días de grande fervor religioso, y por lo tanto de fe acrisolada y purísima, parecería ocioso, y hasta inconveniente, descender á este terreno. Hoy desgraciadamente no es así, después que la incredulidad ha levantado bandera en este suelo clásico del catolicismo, desplegada en él principalmente por la Reforma, por la secta protestante que ha pedido carta de naturaleza entre nosotros y se le ha concedido, para deprimir, como viene haciéndolo, el culto y la devoción á los santos, y con especialidad á la Reina de todos ellos la Virgen Santísima Madre de Dios, á quien los católicos nos honramos llamar «Madre del amor hermoso y de la santa esperanza.»

A este fin, A. H. M., necesitamos presentar los títulos gloriosos que justifican nuestra sincera devoción á María, ora para refutar las afirmaciones gratuitas de los enemigos de esta Madre de ternura, ora para que nuestra piedad se consolide todavía más en nuestras almas. Paso pues á demostrar que la devoción que consagramos á la Virgen Santísima María, tiene por fundamento la autoridad de Dios, manifestada en lo que este Señor ha hecho por esta Señora, en lo que propone expresamente por la Iglesia, y por último en lo que inspira á los fieles por los movimientos de su gracia, demostrándonos que es de su agrado esta devoción,

y que ella nos procura ricas enseñanzas de todas las virtudes: *post te currremus in odorem unguentorum tuorum.*

¡Quiera el cielo ilustrarnos con sus brillantes luces para que nuestras meditaciones sobre la devocion á la Madre bendita de Dios sea una flor digna de esta Señora para embellecer la corona de su gloria! Recurramos al pié de su altar sacrosanto para que nos alcance de Jesus sacramentado las gracias que respectivamente necesitamos, saludándola con las palabras del Arcángel.

AVE MARÍA.

I.

Así como el corazon se dilata, A. H. M., al contemplar á los fieles devotos de la Virgen Santísima, consagrándola estos solemnes cultos, espresion inequívoca del sentimiento tierno y religioso que los anima, y garantía preciosa y segura de una dicha inefable que no podemos menos de aguardar con entera confianza, ese mismo corazon experimenta honda pena al ver el alucinamiento de los enemigos de esta Madre benditísima de todos los hombres cerrando sus ojos para no admirar sus grandezas, volviéndole la espalda para no recibir sus beneficios, y reusando en fin doblar la rodilla ante sus altares haciendo punible alarde de su impiedad, y privándose voluntariamente de las ventajas grandiosas que nos proporciona la devocion á María. Estos sentimientos los ha condensado S. Buenaventura en esta afirmacion que nunca debemos olvidar: «El que honrare y sirviere dignamente á la Santísima Virgen se salvará; pero el que descuidase su culto y su servicio morirá infaliblemente en sus pecados.» ¿Qué ha visto pues este santo Doctor de la Iglesia en la devocion á la Virgen María para espresarse de una manera tan categórica? Ha visto que Dios mismo la autoriza por lo que

ha obrado con esta Virgen de vírgenes para engrandecerla, y empeñar por consiguiente nuestra devocion hácia Ella.

Oigamos pues, M. H., á este Señor hablando de Maria por boca del Esposo de los Cantares: «Como lirio entre las espinas, así es mi amada entre las hijas. ¡Qué hermosa eres, amiga mia, que hermosa eres! ven del Líbano, ven del Líbano, ven; serás coronada de la cima de Amaná, de la cumbre de Sanir, y de Hermon, de las cuevas de los leones, de los montes de los leopardos. Llagaste mi corazon, hermana mia, esposa, llagaste mi corazon:» *vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, vulnerasti cor meum.* A su vez la Santísima Maria se espresa de esta manera, revelándonos su [altísimo origen, y las gracias con el que Señor la engrandeció desde la eternidad: «El Señor me poseyó, dice, desde el principio de sus caminos, desde el principio, antes que criase cosa alguna. Desde la eternidad fui ordenada, y de antiguo antes que la tierra fuese hecha. Aun no eran los abismos y yo era concebida. Con el Señor estaba yo concertándolo todo, y me deleitaba cada día, regocijándome en su presencia en todo tiempo. Quien me hallare, hallará la vida, y obtendrá la salud del Señor. Mas el que pecare contra mí dañará su alma. Todos los que me aborrecen aman la muerte:» *omnes qui me oderunt diligunt mortem.* Ved, pues si con fundamento debemos aspirar á tener parte en los unguentos delicadísimos que atesora, corriendo en busca de ellos, á ser sus fieles devotos: *post te currremus in odorem unguentorum tuorum.*

Como consecuencia legítima de esa eleccion que Dios ha hecho de María para desposarse con Ella en místico y «sempiterno desposorio:» *sponsabo te mihi in sempiternum,* el Señor la preserva por un singular privilegio de la corrupcion universal en que se halla envuelta la humanidad entera por el pecado del hombre primero nuestro primer padre, privilegio que no habia concedido al patriarca Noé salvador de aquella familia que habia de sobrevivir al diluvio que

acabaria con «la raza humana pervertida en sus caminos;» ni á Moisés el caudillo del pueblo de las promesas; ni á Melquisedec el gran sacerdote del Altísimo, ni á alguno de los justos de la antigua alianza, ni á las Saras y Rebecas, ni á las Abigail y Betsabé, ni á las Judit, Ester y Jael, y tantas y tantas otras célebres mujeres que fueron la gloria de su sexo, y las esperanzas de su pueblo. No es extraño que así sucediera si pensamos que los destinos de la Bendita entre todos las mujeres eran superiores á cuanto de grande y sublime podemos imaginar; porque María, bien lo sabeis, era predestinada para Madre del Hijo Unigénito de Dios, para Hija del Padre Eterno, para Esposa del Espíritu Santo, para servir sobre la tierra de tabernáculo y augusta morada de la Trinidad Santísima. Por esto el Señor la envia un arcángel que la visite en su pobre casa de Nazareth, y la declare que «está llena de gracia, y de todas las gracias, y que es bendita entre todas las mujeres, y que el Espíritu Santo reposaria sobre Ella, y la virtud del Altísimo la haria sombra; porque habia de concebir en su seno y dar á luz á Jesus, el grande, el Hijo del Altísimo, á quien el Señor Dios daria el trono de David su padre, y reinaria eternamente en la casa de Jacob; y su reino seria imperecedero:» *et regni ejus non erit finis.*

Amados hermanos míos: calculad si es dado el complemento de gracias y celestiales bendiciones que el Señor prodigaria sobre esta criatura incomparable que ocupaba tan singularmente las atenciones de Dios y la admiracion de los ángeles de quien iba á ser Señora y Reina, y mas tarde la admiracion de los hombres de quienes seria Señora, Reina y Madre tambien. Pero no os fatigúeis; María santa y divinamente inspirada, ha condensado en breve frase todas sus glorias, todas sus prerogativas, y sus alabanzas todas: «Dios mi Salvador miró la bajeza de su esclava, dice, y ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones:» *ecce*

enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes. En vista de estos testimonios que el protestantismo y la incredulidad toda jamás podrán desconocer, ¿qué tienen que decir esos críticos descontentos y mal avenidos contra la devocion que tributamos á la Madre Santísima de Dios? ¿Si este Señor tan espléndidamente ha engrandecido á María hasta elevarla á una categoría superior á la de toda criatura humana, y aun mas sublime que la de los ángeles, no estaremos suficientemente autorizados para honrarla con nuestros cultos, sin que valgan vanos pretestos alegados por la escuela protestante con hipócrita celo para dejar de hacerlo? Pero si gloriosos son los fundamentos que nuestro Dios nos ha dado para justificar la devocion á su Madre Santísima por lo que con esta Señora ha obrado, no son menos sólidos y relevantes los que ha propuesto espresamente por la Iglosia que es el intérprete de su verdad eterna, para empeñarnos en seguir á María y reverenciarla atraídos por el aroma delicioso de sus virtudes: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

II.

Parecia, A. H. M., que despues de haber manifestado, siquiera sea ligeramente, los testimonios de Dios en favor del culto de la Santísima Virgen, por lo que este Señor ha obrado para engrandecerla, deberíamos enmudecer, y penetrados de piadosa devocion dirigirnos á los altares de esta excelsa Reina, y tributarle los homenajes de nuestra fe, de nuestro amor, de nuestro respeto y gratitud. Sin embargo, es tan grato al alma fiel recorrer el campo de las glorias de la Virgen Santísima, que no podemos prescindir de consultar los anales de la Iglesia para oír lo que esta maestra infalible de la verdad nos dice acerca de la devocion á María, y oírla como el eco sonoro de la voz de Dios que «la inspira

y la asiste constantemente hasta la consumacion de los siglos,» autorizando esa devocion veneranda y consoladora en extremo. ¡Ah! la devocion á la Madre del amor hermoso, está encarnada, digámoslo así, en el espíritu mismo de la Iglesia; con ella nace, con ella crece y se desarrolla, con ella vive y se perpetúa. «Desde que se ha conocido al Hijo, dice un célebre escritor, se ha amado á la Madre,» se la ha consagrado un culto muy religioso, un celo de los mas vivos, una confianza sin límites. Siendo el asilo de todos los desgraciados, refugio de los pecadores, madre de misericordia; despues de Dios nuestra vida, todo nuestro consuelo, nuestra esperanza, y para con su Hijo nuestra omnipotente mediadora, como dicen los Santos Padres con toda la Iglesia. Ella ha poseído en todos tiempos el corazon de todos los verdaderos fieles y la devocion á la Santísima Virgen ha formado en parte en todas las edades de la Iglesia el carácter de todos los elegidos.»

Inmensa honra ha tocado, A. M., á nuestra querida pátria en ser la primera iglesia del mundo que ha erigido un templo á Dios en honor de la Virgen Santísima, templo levantado por el apóstol Santiago, nuestro santo Patrono, en las riberas del Ebro, en la siempre fiel y religiosa Zaragoza, visitada por María, aun viviendo sobre la tierra en carne mortal. Desde entonces ¿quién acertará á contar los altares y los templos que se han edificado en honor de la Madre bendita de Dios? ¿Qué ciudad, qué aldea, por humilde y pobre que sea, no tiene una iglesia, una ermita, un altar siquiera consagrado singularmente al culto de la Reina de los cielos? ¡Ah! nuestro Dios ha querido que allí donde se ha fijado el emblema sacrosanto de nuestra fe, la cruz de nuestro salvador, se reverencie tambien la imágen de María su Madre. Y esto ha sucedido desde los primeros siglos de la Iglesia, y sucede todavia en nuestro siglo. Y esto se ha verificado en las grandes poblaciones y en las aldeas de la Eu-

ropa cristiana, como en las apartadas regiones de Asia y de la Oceanía. La Iglesia católica ha interpretado de este modo fielmente los designios de nuestro Dios para que se fomente y perpetúe la devocion á María, y que con esta devocion los pueblos tengan un perfecto modelo que imitar en la práctica de las virtudes, y corran en pos del olor de santidad de todas ellas que se hallan reunidas en esta Virgen Santísima para ser dichosos. Así como cuando Dios ha querido hacer sentir sobre un pueblo el rigor de su santa indignacion ha permitido que el infierno destruya esa devocion piadosa que es el último apoyo de los pueblos. ¿En qué consiste si no que aquellas naciones un dia poderosas y llenas de gloria se encuentran hoy sin vigor, sin energía, envilecidas bajo un cetro de hierro, degradadas por costumbres brutales, y encorbadas bajo el peso de tantas miserias y horribles maldiciones? Es que dejaron de apoyarse en el brazo poderoso de su Madre la Virgen Maria; es que desdeñaron los socorros que antes alcanzaban por la devocion á María, y rompieron el canal celestial por donde se les comunicaban la fuerza, la gracia, el bienestar y la dicha de que gozaban.

Además, la Iglesia no se ha contentado con erigir templos á la bendita Madre de su divino Fundador Jesus. En su admirable y sábia liturgia Dios ha querido que á la vez que se recuerden sus divinos misterios, se asocien á estos los misterios en que brillan las glorias de María, el de su Concepcion inmaculada, el de su Natividad gloriosa, los de su Presentacion al templo y sus sagrados Desposorios, su Anunciacion en Nazareth, y su Visitacion á santa Isabel en las montañas de Judá, su Purificacion en Jerusalem, sus acerbos Dolores en la Pasion de Jesus y su Asuncion gloriosísima á los cielos, instituyendo otras tantas fiestas generales en honor de la Madre de Dios, y tantas otras solemnidades que revelan algun señalado favor de esta buena Madre, y que conocemos con los nombres de las fiestas de Nuestra Señora de las